

EL REGIMEN DE POMPIDOU

Las elecciones francesas del mes de marzo tuvieron un sentido bastante ostensible: el país requería un cambio, aparecía cansado de un largo régimen presidencialista y de un parlamento reducido a la mudez o, en el mejor de los casos, a un papel de coro del poder. Sólo el atávico miedo al comunismo impidió el triunfo de la izquierda (que, por otra parte, tampoco hubiese triunfado sin los votos comunistas), que, aun así, quedó reforzada y en excelente posición para el futuro. La respuesta de Pompidou a esta opinión del país ha sido la de reforzar el régimen presidencialista —aunque pretende acortar el tiempo de mandato presidencial de siete a cinco años—, aumentar el poder personal (su poder personal) y buscar la fórmula de neutralizar al parlamento. El mensaje de inauguración de la nueva legislación, la formación del nuevo gobierno y la respuesta dura a la agitación social son de carácter preelectoral.

El aspecto de movilidad de esta política inmovilista lo da el desprendimiento del régimen de las figuras surgidas y creadas en el tiempo del general De Gaulle. A excepción, naturalmente, de Pompidou. Se dice, por lo tanto, que es el final del degolismo, y ello pretende indicar que comienza una etapa nueva. Es la forma de mostrar que el Presidente de la República acata las tendencias del electorado: el electorado estaba cansado del degolismo, y el Presidente lo barre. Barrer un fantasma es fácil. El degolismo había dejado de existir en el mes de mayo de 1968, cuando el general De Gaulle fracasó ante el movimiento estudiantil —, luego, obrero—, ni entendió su alcance, ni supo enfrentarse con él —una represión de medida y unas palabras torpes en los primeros momentos no consiguieron más que aumentar la fuerza del desafío—, y tuvo que apoyarse en la derecha, y aun en la extrema derecha, para sostener el equilibrio del país. La derecha pasa siempre sus facturas cuando se moviliza para algo. En aquella ocasión, la factura de la derecha fue muy elevada: exigió la dimisión del general. El golpe final se lo dio Pompidou. De Gaulle fue el Frankenstein de Pompidou, o su Pígalión. La contrarrevolución también devora a sus hijos, lo que sucede es que lo hace con mayor lentitud. La figura política de aquel momento, hace cinco años, consistía en mantener la imagen de la continuidad, de que el régimen apenas se había tambaleado ante el movimiento revolucionario y que el degolismo tenía plena vigencia. La ficción se establecía sobre la base de que el general había creado una doctrina y un partido, lo cual era falso. De Gaulle era un político coyuntural, tenía estilo, pero no tenía doctrina. El estilo puede pasar muchas veces por doctrina en política: un cierto sello, una manera de hacer las cosas, un lenguaje. En resumen, la huella de un hombre. Al desaparecer ese hombre, el estilo desapareció.

PERO De Gaulle había creado algo que también puede parecer una doctrina, y es un armazón constitucional propio. Despreciaba los partidos políticos, trataba de acallar al parlamento y creía en el poder unipersonal y, por lo tanto, en el presidencialismo. Esto es precisamente lo que Pompidou no hace desaparecer. El gobierno que acaba de nombrar es un gobierno de secretarios más que de ministros. Messmer sigue siendo primer ministro. Messmer lo ha sido durante toda la etapa anterior a las elecciones, después de sustituir a Chaban-Delmas de una manera peculiar: haciéndose invisible para resaltar la personalidad de Pompidou. Esto es lo que se llama fidelidad, o lealtad, o disciplina. Chaban-Delmas fue visible, demasiado visible, para su desgracia. El servidor Messmer representa muy bien lo que ha de ser esta segunda etapa. El Ministerio de Asuntos Exteriores es para otro servidor, Jobert; era secretario general en la Presidencia, un hombre hecho y sostenido por Pompidou. Sustituye a Schumann, que tenía fisonomía propia, que había hecho su parcela de historia. Robert Galley, que había pasado su tiempo político agazapado en el Ministerio de Transportes, se va a hacer cargo ahora del de las Fuerzas Armadas, que es como se llamará en adelante el de Defensa. Sustituye al fortísimo Debré, primer ministro con De Gaulle, conservador, según se decía, de la esencia del general. Debré cayó un poco antes que los otros ministros: fue entregado a los estudiantes, que protestaban de la Ley Debré de reforma del servicio militar, sin por ello calmar la situación. Hay otras formas de ver esta caída de Debré: es posible que Pompidou quiera, lentamente, volver atrás de algunas de las realizaciones del general De Gaulle en materia de defensa: la cooperación con la OTAN y la estrategia de «disuasión», la individualidad de la bomba nuclear francesa. El aislamiento de la OTAN parece que no es del agrado de Pompidou, sobre todo el hecho de que Francia no pertenezca al llamado «Eurogrupo» dentro de la Organización. Con Debré en el Ministerio de Defensa o simplemente en el gobierno, esta vuelta

atrás hacia el atlantismo hubiese sido imposible. Otros ministros dotados del «don» de la invisibilidad completan el gobierno. Uno bastante visible permanece, el del Interior, Marcellin: es el ministro de choque, el ministro que mantiene la dureza y la represión. Su permanencia es un síntoma. Otro, Jean Royer, debe una cierta celebridad a la cruzada personal que emprendió contra la pornografía y otras formas de escándalo público: el Ministerio de Comercio y Artesanía es un lugar desde el que podrá ejercer su fuerza contra otro tipo de escándalos, si se atreve. Son más difíciles de combatir. Un famoso, sí, hay en este gobierno: Maurice Druon. Es un novelista popular. Se ha especializado en novelar la historia de Francia, con «Los reyes malditos», una interminable sucesión de tomos. Es curioso que sustituya en el Ministerio de Cultura a Duhamel, cuando en la Real Academia Francesa ha ido a ocupar el sillón del otro Duhamel, el ensayista, novelista y médico Georges Duhamel. El Ministerio de Cultura fue inventado por De Gaulle para un gran novelista, para André Malraux. Ocupado ahora por Druon, parece ilustrar la famosa frase de Marx de que la historia no se repite, sino que se caricaturiza.

CON este gobierno de secretarios, Pompidou ha erigido su poder personal, sacando fuerza de unas elecciones que redujeron notablemente su mayoría, y enfrentándose con una agitación social importante por la vía de la fuerza (1). ¿Es un dictado de las nuevas democracias gobernar a la contra, frente a la opinión popular? Es, por lo menos, una curiosa posición dialéctica. La misma que parece estar aplicando Nixon en su país presidencialista. Los dos políticos tienen en común que están disfrutando de su último periodo presidencial: Nixon, porque así lo manda la Constitución, y Pompidou, porque ha declarado solemnemente que no se presentará en las elecciones de 1976. A menos que sea el político que tenga mayor posibilidad de derrotar a Mitterrand; ésta ha sido la única excepción que ha admitido. Mitterrand parece ser para Pompidou la única opción de la izquierda, y Pompidou está dispuesto a no permitir a la izquierda que traspase las fronteras de la oposición. Aun convirtiéndose él mismo en fortaleza. Es su misión.

(1) Véase en las páginas 26-27 la crónica de París de nuestro corresponsal Ramón L. Chao, relatando la agitación de estudiantes y obreros en toda Francia.



Nuevos miembros del Gabinete francés. Arriba: Georges Gorso, ministro del Trabajo; Jean Charbonnel, ministro de Desarrollo Industrial, y Jean Tillingier, ministro de Justicia. Abajo: Maurice Druon, ministro para Asuntos Culturales; André Bord, ministro para los Veteranos, y Michel Poniatowski, ministro de la Salud Pública.